

**CUENTO N° 237**

**TÍTULO: EL TOTORA...¿ BANDIDO?**

**SEUDÓNIMO: TATA NEL**

**AUTOR: NELSON HERNÁN ARRIAGADA ROJAS**

Los aires costeros, saturados de sal, mezcla de aromas de boldo, pino y araucaria, dejándose llevar por la brisa constante que emana del oleaje, a veces violento otras apacibles, trayendo regalos de blanca espuma en sus olas, transporte natural, a las orillas de la playa Pichilemina, en la Sexta Región, que inducen al relajamiento, nublando la memoria de los quehaceres que se llevan como irrenunciable mochila, bañando de paz y quietud el alma.

Niños que juegan a perseguir las olas cuando se recogen y huyendo cuando, en constante vaivén, intentan desbordarse. Risas al viento, inocencia pura, que buscan abrirse camino hacia el diáfano cielo.

Entre cerros y quebradas, dando lugar a una planicie que se extiende al interior como buscando cobijo., ahí aparecen, zigzagueantes sus calles culebreras y pintorescas casas de adobe, como adorno de cinta multicolor de verde esperanza con tejuelas de aletines ese villorrio llamado Ciruelos., cuyos actores sus habitantes, le dan vida y renombre.

Allí están sus hombres y mujeres. Ellos con sus rostros curtidos por el sol. Ellas alegres y agraciadas que les dan vida a la vida y engalanan, como flores de un jardín, que cada primavera brinda su fruto al porvenir.

La vida es apacible. Los días pasan unos tras otros, como desfile de carretas tiradas por bueyes de paso cansino.

Unos labran la tierra y alimentan sus bestias. Ellas cultivan el huerto para

cosechar delicias y el sustento.

La actividad social se circunscribe a la práctica del deporte, (fútbol, domaduras) y la religiosidad.

El futbol es lo que primordialmente se realiza, la misa dominical es ineludible, como también la celebración de la liturgia del Mes de Maria, novena del Niño-Dios y, especialmente el día de su patrono San Andrés los 30 de noviembre de cada mes.

En esas fértiles tierras nació el primer Obispo Chileno, Monseñor José María Caro y también el Totorá. Una sola cuna para dos destinos disímiles.

El primero dotado dio una dialéctica celestial y el segundo dueño de un aciago destino.

El Totorá hijo único de un matrimonio campesinos emigrantes de Temuco que se radicó a vivir en una choza de totora, por esas latitudes.

Un triste día, en que arreciaba la lluvia, un hijo les nació. El bautizo de ese inocente, fueron las lágrimas de su madre y la desesperación de su padre.

Las oscuras nubes que se vislumbraban a través de las rendijas del cielo de totora, presagiaban un futuro nefasto.

A los 10 años de edad, el Totorá quedó huérfano. En su infancia fue mandadero, Al crecer se transformó en ladrón de patos y gallinas. Un lobo solitario y analfabeto.

En el pueblo la vida era distinta. La misa dominical: infaltable. El comercio incipiente, la pulpería, centro de abastecimiento prosperaba lentamente,

su único dueño, Don Jacinto padre 6 hermosas niñas, la atracción de todas las actividades sociales.

En una oportunidad que regresaba sola a su casa, una de sus hijas se encontró con el Totorá, que hacía recorrido similar, por una senda de romeros y membrillos, matizados con maquis y boldos.

Al Totorá no le era indiferente la belleza de la jovencita. La acompañó en su trayecto y al poco andar, intentó besarla, lo que ella no le permitió.

Al arribo a su casa y aun sonrojada, contó su desagradable experiencia y la comunidad toda, lo juzgó y condenó como el “bandido violador”.

El padre enfurecido ofreció \$100.000 por su captura “vivo o muerto”.

La ambición se apoderó de la gente y con escopeta en mano salieron en su búsqueda 7 vecinos entre campesinos y baqueanos.

Enterado el Totorá que su vida tenía precio, huyó también armado hacia la quebrada que la conocía como la palma de su mano. La búsqueda duró 2 días. En la madrugada del tercero, se escucharon en lontananza varios disparos y a la edad de 18 años el Totorá encontró la muerte, ese mismo día se ungía Cardenal de Chile a José María Caro.

En una carreta tirada por 2 caballos negros, su cuerpo fue llevado al pueblo sin mayor ceremonia sus restos enterrados en el cementerio de Ciruelos, bajo una tabla que rezaba simplemente:

EL TOTORA  
Q.E.P.D.

Su nombre y fecha de nacimiento nadie lo sabía.

Cumplida la misión, los “justicieros” se presentaron antes el Juez de Policía de Pichilemu para cobrar la recompensa, según lo estableció Don Jacinto.

En presencia del magistrado, todos se adjudicaron la muerte, alegando cada uno ser autores del ajustamiento, diciendo “yo fui”, “no, no, fui yo”, y otro dijo: “ellos mienten fui yo” y daban detalles del procedimiento.

El Juez, con suma parsimonia, los convino que serían detenidos y acusados de asesinato.

Súbitamente, cambió la situación y todos empezaron a retractarse, aduciendo que era un error y se declararon inocentes y se marcharon, o sea, nadie mató al muerto.

Es todo                    ¡CASO CERRADO!